PUBLICACIONES
DE
Prensa Gráfica

ovela Semana

rón de vida
e amor~~
Felipe Sassone
0 25 cts.~

BIBLIOTECA MADRID

47/1556573

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 27 DE AGOSTO DE 1921 NÚM. 10

LADRÓN DE VIDA Y DE AMOR

Novela de FELIPE SASSONE

ILUSTRACIONES DE PENAGOS

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

DEDICATORIA

Al doctor Vicente Navarro, en Valencia, con admiración, agradecimiento y simpatía.

FELIPE SASSONE

. . . . . .

LADRÓN DE VIDA Y DE AMOR

I

Allá en el escenario, á la luz de las baterías, luz absurda, surgiendo del nadir, la comedia, ó lo que fuere, arrastrábase con su precaria acción sobre un campo yermo, empedrado de lugares comunes. Luciano Ugaz se adormecía, como embrutecido, como contagiado de la vacuidad del autor de todo aquello, cuando...

Muy de mal talante, y sólo obligado por sus deberes periodísticos, había Luciano Ugaz entrado hasta el patio de butacas de aquel teatro, mono y coqueto, sí, con presunciones de aristocrático; pero que en realidad era el pobre templo de Talía Burguesa, erigido entre una

tienda de ultramarinos y una quincallería, frente á un cafetín de chulos y á un puesto de verduras, en un barrio de los menos soleados y menos limpios del viejo Madrid. Ya sabía Luciano que no era allí precisamente, entre un público de horteras, donde habrían de surgir ni el nuevo Esquilo ni el nuevo Aristófanes de estos, para las tonadilleras y los *cines*, felicísimos tiempos que corremos. Pero estrenaba el autor de moda, y él era revistero de teatros, y debía ver aquello porque su probidad literaria resistíase á hablar por referencias. Su probidad literaria también le había dictado, no pocas veces, censuras para moler como á cibera y dejar como no digan dueñas y como perro por carnestolendas á más de un autor, y siempre hubo de quedársele en el magín el varapalo, y su pobre pluma de hombre social que ha de estar bien con la gente, y de periodista que ha de respetar las *relaciones* y *los compromisos* de su director, sólo pudo ensayar un difícil equilibrio sobre la cuerda floja del amable pasteleo, tendida entre la mentira del ditirambo y la sinceridad de una catilinaria.

—Pícaro oficio el mío—pensaba aquella noche Luciano—; he de soportar en silencio, sin

patear ni con los pies, ni con la pluma, todo este mal remedo de arte dramático, de filosofía y de literatura.

Y así era la verdad. Porque no se trataba ya de una de aquellas comedietas frívolas, donde la galanura del decir, la decoración que finge un clarito de luna ó una puestecita de sol, y el llanto lejano de un violín romántico, prestan plasticidad y relieve á una pobre trama de novela cursi y sentimental. No era tampoco una obra de las llamadas de *astracán*, de esas para desternillarse de risa, que, por la misma modestia de su propósito, no menoscaban la dignidad de un arte a cual ni siquiera se acercan. Era algo más *terrible* aquello: era la obra vacía é hinchada; era un novísimo género satírico-docente, con presunciones filosóficas y sociológicas. El pedagogo sin cultura y sin espíritu, profesor más bien, en la despectiva acepción del vocablo, y el juglar sin ingenio, habíanse hermanado en el pretendido *castigat ridendo mores* de una danza de oso, sin ritmo, lenta y pesada (tejido de adulaciones á todos los convencionalismos y prejuicios de la clase media), que un burgués, horro de entendimiento y de gracia, bailaba por dinero ante otros

burgueses sus amigos, numerosos fieles de aquel templo de Talía Burguesa erigido entre una tienda de ultramarinos y una quincallería, frente á un cafetín de chulos y á un puesto de verduras.

Las frases hechas caían á chorro sobre el buen Luciano, que, harto de escuchar invocaciones al amor filial, á la gratitud del favorecido y á la cantidad del trabajo y de advertir cómo aquel avisado mañeruelo, diestro en la mecánica del teatro, urdía escenas con despedidas tiernas, encuentros inesperados y pasiones burguesas, le pareció que el escenario era como el espejo del público, y no queriendo mirarse en tal espejo, apartó la vista de él. En ese momento caía la cortina é iluminábase la sala, y entonces hirióle por los ojos hasta el alma, mejor, hasta la espina dorsal, la visión de un busto de mujer envuelto en sedas claras, que recortábase gracioso en el *hueco* de una platea.

—¡Guapa, guapa!—pensó para sí, y lo repitió dos veces con la penuria verbal del macho enardecido que ve en la calle á una beldad y recuerda los severísimos bandos de D. Millán.

—¡Guapa, caray! ¡Y no aplaude! ¡Es la única mujer que no aplaude!

Mas como lo que entonces le interesaba era el físico de la moza, que moza era y en lo florido de la edad, la encañonó con el doble cañón de sus prismáticos y púsose á contemplarla á su sabor.

El patio de butacas habíase ido quedando sin



gente; en el *foyer* los críticos discutían la obra del autor de moda; pero Luciano Ugaz creyó de mejor gusto, *y más de su gusto*, comentar á solas con sus deseos de repentino enamorado las bellezas de aquella otra *obra viva*, que era obra de Dios.

Apoyada de codos sobre el pelado peluche del barandal, prisionero el mentón alabastrino entre los manojos de lirios de sus dedos, el óvalo impecable de su rostro de madona diríase una hostia que alzasen sus propias manos, y, toda armoniosa en su expresiva inmovilidad de estatua, ella era llena de gracia, por divina merced de su hermosura, y bendita entre todas las mujeres.

¡Y era toda luminosa, y su luminosidad era toda de sus ojos, negros como un contrasentido en su blancura dorada; ojos de un negro absoluto, que no reflejaban ni el cárdeno cerco de las ojeras, ni el metal de sus cabellos de un rubio caliente y obscuro, de cobre y de miel! ¡Y eran (brillantes, negros y brillantes, ojos como un fluido, como un agua negra) la nota más saliente, más punzante, más fuerte en aquel rostro, á despecho del sangriento clavel que florecía en su sonrisa! ¡Dos puntos negros bajo el doble medio punto de las cejas, finas y negras también, como dos calderones musicales que prolongaban *ad libitum* la admiración!

Las sedas claras, de un azul desmayado, de cielo y de mar en calma, que entonaban admi-

rablemente con la blancura de la piel, abríanse en triángulo sobre el pecho, y el brillante del *pendentif*, un solo brillante montado al aire, temblaba sobre la carne como una gota de rocío sobre una flor. Pero los ojos, aquellos ojos de infierno sin llamas, estaban ya allí, en las lentes de los prismáticos, se metían por los tubos del binóculo y abrasaban el rostro de Luciano, que ya no pudo mirar, *que ya no pudo resistir las miradas de aquella á quien miraba*, y bajando el anteojo, volvió á repetir mentalmente las mismas palabras, que tenían, en su vulgarísima vaguedad, toda la elocuencia de un elogio mudo:

—¡Guapa, guapa, caray!

Mientras tanto, sin que él lo advirtiera, habíase vuelto á llenar la sala, obscurecida de pronto al estallar en la orquesta el son canalla y alegre de un pasodoble torero, y en el tablado apareció una figura gitana y antigua, con peina historiada sobre la endrina de los rizos, con mantón florido sobre los hombros redondos, con larga cola enredándose en mil pliegues caprichosos y sinuosos alrededor de los ágiles pies inverosímiles.

Era *el fin de fiesta*, la gran *bailaora* andaluza

que amó un tiempo al más absurdo y más artista de los lidiadores, un hombre moreno y endeble, que tenía una cabeza pequeña y monda de filósofo romano, y á veces unos pavores de poseído y otras el gesto indolente, hierático y misterioso de un fakir.

La danzarina, viñeta viviente de las que lucen las cajas de pasas malagueñas exportadas á América, ya no tenía en su cuerpo la agilidad de otros días: el otoño habíale hinchado con exceso las curvas y era ya como una yegua, una hermosa yegua mora, llenos de instinto los ojos y de deseos las narices, que venteaban. Pero el don gracioso de su euritmia había de morir con ella, sólo con ella, como el picante desenfado plebeyo de sus cantares.

Su nombre evocaba el nombre de la Virgen, las blasfemias de un borracho juerguista y el sabor del agrio vino de Sanlúcar, y sus danzas tenían la locura embrujada y diabólica de las zambras. Repiqueteaban los pies; se columpiaban las caderas; temblaba el vientre bajo las flores sedosas del mantón, y al agitar los brazos, torneados y lujuriosos, las palomas de sus manos volaban en torno de su testa gitana.



Luciano observó que los ojos de la *bailaora*, ojos de un pérfido verde de ajenjo y de turquesa enferma, ya no le inquietaban como en otras ocasiones; pero advirtió también que aquella noche, mientras ella repetía con voz rajada y graciosa un tema popular:

«Ana María,
lo ves,
Ana María»,

y el ritmo de las *corraleras* saltaba en las cuerdas de los violines, á él le saltaban lágrimas en las mejillas, como si aquello tuviese emoción sentimental, ¡y no la tenía! Y era que la mirada de la bella desconocida del palco habíale encendido un extraño fuego interior y sus nervios de hiperestésico se desahogaban llorando, pensando en el fulgor de los negros ojos de una rubia, al compás de las sevillanas que cantaba una morena de ojos claros.

—¡Caso más extraño!—pensó mientras salía del teatro, y aún esperó en la puerta á la bella desconocida y la vió subir á una berlina de lujo, y como no podía seguirla, encaminóse á la Puerta del Sol y en la sombra de las callejas pinas y

obscuras fué viendo aún, como en sueños, mas negras y más brillantes que la noche, las pupilas de la rubia del palco.

—¡He visto una mujer en el teatro!... ¡Chicos qué mujer!—dijo más tarde á sus amigos del café, é hizo de ella una descripción exaltada y romántica, é inquirió quién pudiera ser, y nadie supo darle razón, una razón que fuera promesa para calmar la sed despertada en todo su cuerpo al calor de los negros ojos de la desconocida.

Luciano era ante todo un buen chico. Chico, á pesar de que ya hacía un año que dejárase atrás aquella edad llamada por Dante *il mezzo del camin di nostra vita*, y bueno, no obstante la sensualidad casi morbosa de su temperamento.

El amor y los desengaños, y acaso las noches en vela de su oficio de escritor, habíanle dejado unas arrugas muy pequeñas, casi imperceptibles, en derredor de los ojos garzos y en las comisuras de los labios, y como fuera bohemio y lunático, y había muchas veces cenado estrellas por todo cenar, llovió plata de luna y polvo de estrellas sobre su cabeza de soñador. Sin embargo, nadie le daba más de treinta años: era ágil, robusto, apuesto: ni muy alto ni muy bajo,

ni hermoso ni feo; pero todas *las facciones eran suyas;* ninguna turbaba la armonía de la faz; ninguna quería disociarse, y tenía el mirar franco, el gesto expresivo, fáciles la risa y el llanto, y un ademán desenvuelto, acogedor y acometivo á la vez, que le granjeaba pronto la simpatía.

Su lujuria, lujuria general, lujuria ante una puesta de sol y bajo una noche de primavera, lujuria ante la locura colorista de un lienzo de Anglada, ú oyendo una polifonía de Borodine, ó leyendo unos versos de Verlaine, ó saboreando un condimentado manjar de *gourmet*, lo mismo que ante un desnudo ó un *desvestido* de mujer; lujuria en las sensaciones de frío, de calor, de suavidad, de dureza y de blandura; lujuria de la emoción y del sentimiento, del placer y de la pena, habíase refugiado en la pasión artística que lo dignificaba, mientras su materia y su espíritu de hombre cotidiano, efímero y mortal, apoyábanse en el trípode del crimen: el amor, el vino y el juego; pero sin engañar jamás, sin emborracharse hasta la vergüenza y sin jugarse lo ajeno. Precisamente porque era un ultrasensible, era muy bueno. Gozador de la vida por el placer de gozarla, no había en su epicureísmo ni la fero-

cidad ni la ambición de las doctrinas de Federico Nietzche.

Con sus cuartillas y sus sueños—Dios me dió, como al ave, decía, los dones de la pluma y del canto—había recorrido medio mundo, amando, riendo, llorando, siempre con más fuerza que los seres vulgares, y ahora estaba en Madrid, novelista á ratos, poeta otros, y crítico de teatros en un diario importante. Vivía en una *garçoniere* alegre, un pisito bajo, lejos del centro, en el nuevo Madrid, y allí tenía unos bibelotes, un centenar de libros, una mesa española antigua, unos jarros de Talavera, unas telas de damasco en las paredes y el alma abierta á la belleza, y entre los pliegues de los damascos muchos retratos de mujeres, y en las arrugas del corazón muchos recuerdos de amor. Pero ahora, de ninguno de esos recuerdos surgía nada tan fuerte, tan avasallador, tan repentinamente avasallador, como la impresión de aquellos ojos negros que le habían mirado en el teatro.

Sentóse en su despacho á escribir con toda calma la revista de la obra, pues que el diario sólo aparecía en la tarde del día siguiente. Antes, trajo de la alacena una botella de jerez, porque

había leído en un clásico latino, Horacio tal vez, ya no recordaba, que el buen vino alegra el corazón del hombre, y él quería estar alegre, y sentirse generoso, y elogiar al autor de moda, ya que, merced á él, favor insospechado, descubriera aquella noche los ojos negros más bonitos del mundo. Pero no lograba coordinar las ideas: sorbo á sorbo iba el vino prendiéndole su lumbre en las venas; se distraía; el humo de su *khedive* trazaba en el aire arabescos que acababan por dibujar unas formas de mujer, un cuerpo de *bailaora*, unos ojos negros mirándole fijos, y entonces, desde el fondo de lo subconsciente, subíale á los labios abrasados la copla sevillana:

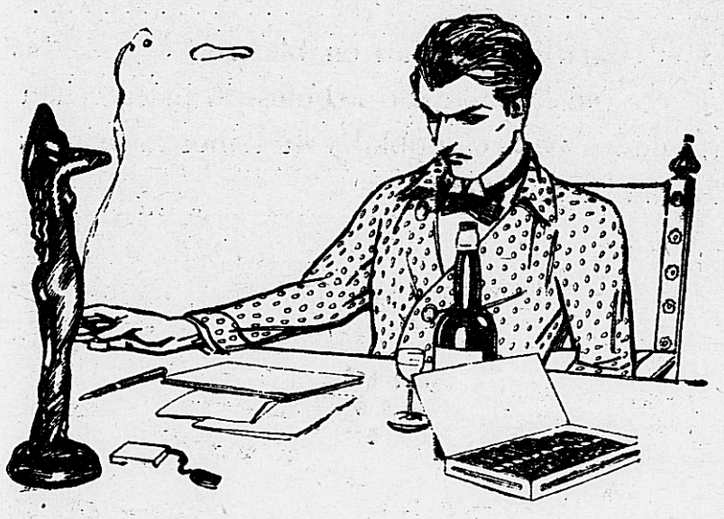
«Ana María,
lo ves,
Ana María...»,

como un contrasentido, que era, sin embargo, una evocación, y, de pronto, rompió á llorar otra vez.

—¿Por qué me hace á mí llorar esta copla? —se preguntaba avergonzado—Esto es absurdo, idiota—repetía para sí; pero seguía llorando, y es que lloraban sus nervios, lloraba él

en la carne triste de que habla Mallarmée

La copla era completamente tonta; el entendimiento y hasta el corazón de Luciano protestaban contra su propia sensiblería; pero la



había escuchado á la vez que miraba á una mujer hermosa, á la vez que la deseaba con todas sus ansias de macho y de artista, y como juntaba todo en su recuerdo, y como había bebido

un vino generoso y fuerte, y él era poeta y sensual, sentía una vaga é inexplicable inquietud

.....

«Ana María,
lo ves,
Ana María!»

.....

Las cuartillas seguían en blanco.

Fuera, en la calle con árboles, la lírica cristalería de los pájaros poblaba de trinos la primera claridad de la aurora.

II

—¡Hombre, Luciano, chico! ¿Pero tan distraído vas?

Luciano, que no había escuchado la voz que así lo llamaba, se volvió al fin, al sentir sobre el hombro izquierdo la presión cariñosa de una mano amiga.

—¿Tú, Luisillo?

—¡Yo, sí, hombre, yo!

—¿De dónde sales?

—Eso puedo preguntarte yo á ti: ¿dónde te metes? ¿Es que te trae aún á mal traer la rubia desconocida del palco?

Hallábanse los dos amigos al principio de la calle de Alcalá, mediada la tarde, bajo el colérico sol de Agosto. El que se llamaba Luis, Luis Alvarez Regui, pintor de profesión y bohemio por su indumento y por sus hábitos de vida, en los labios la pipa de humo casi tan negro como la maraña de sus barbazas, era uno de aquellos á

quienes Luciano había descrito la desconocida beldad del palco encargándole la averiguación de su nombre y paradero. Más de ocho meses transcurrieran desde aquella noche sin que Luciano la volviese á ver; pero no la había olvidado, y así hubo de responder muy triste á su amigo:

—Sí que me trae loco. No puedo negarlo; pero me voy resignando. Cuantos pasos he dado han sido inútiles.

Por toda respuesta Luis Alvarez llevóse la mano á la cartera, extrajo de ella un papel, un apunte al lápiz, y lo puso ante las narices de Luciano.

—¡Ella, sí! ¡Ella! ¡No cabe duda! ¡Ella!—gritó con regocijado asombro el poeta, y, ansioso, atropellando las palabras, asiendo por las solapas al amigo, lo anonadó á preguntas:

—Pero, ¿cómo? ¿Dónde la has visto? ¿Dónde está? ¿La conoces? ¿Es un apunte del natural ó es copia de un retrato? ¿Sabes tú quién es, dónde vive? ¡Dime lo que sepas, por Dios!

Luis soportó sonriendo el chaparrón, y aprovechó que el enamorado tomaba alientos, para responder triunfante:



—Sé mucho más que tú: se llama Ana María.

—¡Ana María! ¡Hombre, sí que es casualidad!

—¿Por qué?

—Por nada. Porque sí; pero...

—Se llama Ana María y es camarera de un café. Si quieres verla ahora mismo, sígueme.

Luciano Ugaz no lo quería creer, no lo podía creer; pero echó á andar tras de su amigo, loco de curiosidad y de amor.

—¿Camarera de café una mujer tan elegante? —murmuró lleno de asombro.

—Era mujer elegante cuando tú la viste en el teatro—repuso Luis, con quien ya se había emparejado el poeta—, porque entonces tenía un amante rico, un señorón que le pagaba casa y coche. Pero el señorón era jugador y se arruinó, y hasta le empeñó las joyas, y entonces ella fué primero, por recomendación de no sé quién, manicura en el Palace, y es ahora camarera en *Nueva España*. ¡Ahí está! Como es guapa, pues sirve... Pero es de origen muy humilde: su padre fué un limpiabotas...

—¡Calla, calla!—le atajó Luciano, como si le ofendiera la revelación.

Habían llegado frente al café, y Luis traspuso

el umbral arrastrando casi á su amigo, que temblaba presa de inexplicable timidez.

Un tropel de mujeres se acercó á ellos ofreciéndoles mesa.

—No, no—dijo Luis—. El turno de Ana María...

—Ana María no viene hasta las seis—repuso una muchacha delgadita y morena—; pero yo tengo su turno. Si quieren esperarla mientras...

—Bueno, sí, la esperaremos—dijo Luis; y, sentándose, pidió dos vasos grandes de clara con limón.

El local no estaba lleno: medio Madrid huye en verano y la otra mitad duerme la siesta; pero había sombra y frescor, y relativa paz y relativo silencio que sólo turbaban tal cual requiebro en alta voz y el trepidante voltear de los ventiladores.

No era aquel uno de esos cafés de cante flamenco, tan viejos como Madrid, donde en mares de apócrifos vinos andaluces y entre nubes de humazo negro y maloliente naufraga la virtud de las coplas populares que mudan en grosería su ingenuidad. Tampoco era de esos otros, sin *danzaderas* ni *tocaor*, donde las mozas del servicio llegan á sentarse á la mesa con el parroquia-

no y aprovechan la oportunidad de las libaciones copiosas para tratar de un equívoco negocio de amor. Allí apenas si se pecaba con el pensamiento, y cuando se pecaba de acción, un pellizco y un sobo, era á hurtadillas del encargado del mostrador. Aquel era el café recatado y español de provincias, como los suyos de Málaga, donde había nacido Luciano, pero menos pintoresco, lleno á la vez de alegría andaluza y de británica discreción. La camarera de ese café no repiqueteaba los pies al compás de un tango imaginario mientras servía, ni llevaba tampoco los trajes vistosos, ni tenía el aire francamente provocativo de la *kellorina* alemana, ni la severidad un poco de hospital de aquellas mujeres flacas y marchitas, de pecho liso y de caderas escurridas, que uniformadas de negro, con cofia y delantal, servían el *beuf a la mode* en los económicos *Duval* del París de *avant guerre* y ofrecen hoy todavía las *cogochas* con salsa verde en los comedores de Nicolasa en San Sebastián. A estas camareras de Madrid se les permitía blusa de seda blanca, escote discreto que un sabio movimiento de hombros puede volver tentador á voluntad; falda negra y corta, que ciñe las ca-

deras y deja ver las pantorrillas; un peinado caprichoso, donde caracolea la complicación de los rizos bajo el adorno sencillo de una flor, y hasta unos zapatitos de terciopelo ó de seda, capaces de saciar el fetichismo de aquel libidinoso viejo de Mirbeau.

El recinto era estrecho y largo y no tenía espejos.

—Es una previsión sabia—opinó Luis—, porque las camareritas descuidarían el servicio por mirarse y hasta romperían la vajilla.

Luego hizo admirar á su amigo una Diana de tamaño natural, copia de la de Praxiteles, que erguía junto á un diván moderno su blanco anacronismo de yeso. La actitud de la estatua tenía esa divina gracia de los helenos, y los pliegues de la túnica tejían una maravillosa armonía de ondulaciones sobre las líneas firmes y amplias del torso, de las caderas y de los muslos.

—Mira, mira—dijo Luciano—, las camareritas de este café se han dejado sugestionar por la Diana de Praxiteles, porque van y vienen con el brazo izquierdo en jarras y el derecho á la altura de la cabeza, sosteniendo la bandeja del servicio, y son como ánforas que se moviesen.

Luis se echó á reir porque no le pareció justa la observación. El paso de las camareras no era griego ni majestuoso ni armónico. Andaban á saltitos, haciendo equilibrios sobre la exagerada altura de sus tacones y balanceando las caderas como las busconas del bulevar. Las había para todos los gustos: rubias, morenas y castañas, tobilleritas de quince á cuarenta años; unas en el otoño opulento que había fructificado en curvas blandas y enormes, delicia de los estudiantes imberbes un poco hartos del dudoso palmito de la cocinera de la casa de huéspedes; otras, primaverales, con los labios en flor, el cuello grácil, ondulantes y delgadas como espigas, para admiración y recreo de poetas y cultivadores de las artes plásticas; las había casi niñas, torpes, ingenuas, carne tierna que encalabrinaba á los viejos verdes.

—El deseo de amar sólo se equilibra de los veinticinco á los treinta y cinco años—opinaba Luciano—; siempre los ancianos prefieren á la casta Susana y los jovenzuelos á Ninón de Lenclos.

Así divagando sobre uno y otro tema, todos de arte ó de psicología erótica, huyeron un par



de horas, hasta que, ataviada con negra mantilla, hizo su aparición Ana María. Cuando se hubo destocado y puesto sobre la falda de calle el de-

lantal de faena, Luis la llamó para presentarle á su amigo:

—Ana María, la mejor camarera del café y la más bonita; el señor don Luciano Ugaz, gran periodista y gran poeta.

Ella sonrió:

—No le doy á usted la mano porque lo prohibe el reglamento.

Luciano calló, temblando. Por un momento no le pareció la misma. Se le antojaba más gorda y menos blanca. Algo había cambiado, sin duda, en los ocho meses que no volviera á verla; pero era siempre una linda muchacha fresca y madura, en una madurez exacta, con la piel aterciopelada como la corteza del melocotón. Luciano pensó que debía de ser valenciana, ó cartagenera ó murciana, porque tenía el tipo de las mujeres levantinas, ni altas ni bajas, pero robustas y firmes, de cuello corto y de abombadas formas, como hechas á torno y llenas de la gracia solar del Mediodía. La miró á la cara muchas veces y comparó aquella blancura deslumbrante de la primera noche con la triste palidez cautiva de ahora, palidez de harén y de mujer española. Pero era el mismo el óvalo impecable del rostro,

la misma aquella cabellera de un rubio caliente y obscuro de cobre y de miel, y el mismo el negror absoluto, brillante y profundo, de sus ojos *únicos*.

Luciano quedóse á cenar solo en el café, pues que Luis, percatándose de que su amigo quería pegar la hebra con la moza, pretextó un quehacer y se despidió.

Empezaron á hablar las miradas. Ella le servía las viandas sonriendo pícara, casi procaz. Los dientes, muy blancos, muy chicos, de animalito nervioso y destrozón, se apretaban unos contra otros, brillando en medio de la boca entreabierta, húmeda y roja como un fresón partido.

—¿Quieres que te haga una interviú?—le preguntó él de pronto, desnudándola casi con los ojos.

—¿Una interviú á mí?—preguntó ella á su vez, mientras su risa de plata se desgranaba como un arpegio musical—¡Bah! ¡Yo no soy escritora ni cómica! ¡Una camarera de café no tiene personalidad!

El insistió tanto, que Ana María acabó por amoscarse. Entonces tornóse tierno, confiden-

cial, zalamero, y ella empezó a contarle algo de su vida. Era la historia de siempre, que ella refería con aire sincero y voz clara y melodiosa, de cristal, de agua, de fresca fontana cantarina. El obrador que no da lo suficiente para un cocido aceptable; la mamá vieja que necesita dinero, la pobre... Cuando ella *se metió camarera* no había aún señoritas pelotaris, y como se creía con poca voz y tenía mucho miedo al público para *hacerse estrella de varietés*, que es lo que hubiera preferido su madre..., pues... *¡ahí ten s!*—Así dijo. Luego, el primer novio, las primeras lecturas de Zamacois y de Trigo, la caída inevitable en una casa desconocida, la tarde de un domingo con sol en que había paseado mucho con el novio y le apretaban tanto sus zapatitos nuevos... En fin, la historia de una griseta madrileña en una novela de Ramírez Angel.

Luciano no quiso decirle que la había visto muy alhajada en el palco de un teatro.

—¿Te hacen mucho el amor?—le preguntó.

—Sí, como se lo hacen á todas. Nosotras coquetcamos con todos por la propina, porque no tenemos sueldo. Los parroquianos dicen siem-

pre las mismas tonterías: «¡Qué bonitos ojos! ¡Qué guapa estás! ¡Quién te va á querer á ti, rica!»... Cuando no dicen otras cosazas. Y hay que sonreir siempre, aunque nos haga maldita la gracia. Cuando nos duelen los brazos de fregar, y los riñones de ir y venir con las cafeteras, y los pies nos queman, hay que sonreir. ¡La propina manda! A veces está una de muy malhumor y llega el parroquiano nuevo y hay que extremar las coqueterías para que vuelva, y hasta hay que ser pérfida, sí, señor, y quitarle á la compañera el cliente bueno, el espléndido, el que da propinas de peseta, aunque no nos guste.

—¿Nunca os enamoráis de alguno que no os hace caso?

—¡Ca! ¡Todos hacen caso! Todos dan propina á poco que una los mire; pero todos dicen «me gustas» y nadie dice «te quiero»—. Y suspiró.

Un joven de tipo achulado bate palmas en otra mesa. Ana María dice por lo bajo á Luciano: «Con permiso», y se dirige al que llama.

El joven le habla en voz baja *poniendo ojos matadores*. Ella se apoya en el má. mol, y, mientras friega con el paño la mesa, deja que el escote se le resbale por un hombro. Las palomas

de los pechos parece que quieren volar. El hombre paga y se levanta.

—¿Va usted á volver mañana?—pregunta ella, acercándose más, casi ofreciéndose.

El joven ha tenido un gesto de gavilán y ha alargado una mano hacia las palomas. Ella contrae el rostro y se calla, mientras Luciano, en su asiento, tiembla de celos absurdos y de rabia contenida. El encargado, desde el mostrador, llama á la camarera para reñirla, y el parroquiano se indigna con cómica indignación:

—¡Ríñame usted á mí, so... Cid! ¡A mí, no á ella! ¡Ella qué va á hacer!

—Es que...—exclama el encargado.

Pero el majo no le deja seguir:

—Ríñame usted á mí, si quiere, pero con buenos modos; que las buenas palabras conservan la dentadura. Ella está aquí *pa* eso, *pa* el esparcimiento del consumidor. ¡A ver qué vida! Si no fuera guapa, y turgente, y provocativa, no la tendrían ustedes. ¡A ver si también se va á meter en esto don Millán! Si quieren *ustés* que uno se esté quieto, *poner* unos civiles que nos sirvan. ¡No faltaba más!

Luego mira á un lado y á otro, se arregla la

americana tirándose las solapas con ademán toreril y sale del café más bravo que un matasiete.



Vuelve á reinar la calma. Junto á la mesa que llaman de los pintores, porque la frecuenta la bohemia rica de Madrid, la morenilla delgadu-

cha que sirvió primero á Luciano, entona muy quedo un fandanguillo:

«Mujer de la vida soy
y con mi cuerpo comercio:
mi fin será un hospital;
cuando mi cuerpo esté muerto
nadie me vendrá á llorar.»

Romero de Torres, el maestro, lleva el compás con una perra gorda sobre el mármol y jalea á la *cantaora* con su voz y su acento grave y ceceoso de cordobés:

—¡Olé, olé! ¡Eres una chiquita güena! ¡Eres la llave!

Son las tres de la madrugada y van á bajar los cierres. Ana María se acerca á Luciano, que, de pie, suplica muy bajito:

—¿No quiere usted que tomemos algo juntos en otro café?

—No, no—dice ella negando, mientras los ojos prometen—. Mañana. Vuelva usted mañana, y no me siga usted ahora.

—Hasta mañana, hasta siempre, Ana María.

Aún esperó en la calle de Sevilla, á la entrada de la de Arlabán, y vió cómo Ana María y su



compañera, la morenita delgada, salían juntas y subían hacia el Teatro Español. La siguió, recatándose. Oyó un tintinar de monedas y algunas frases del diálogo.

—Yo he sacado hoy siete cuarenta—decía la delgaducha.

—¿Te pellizcó?—interrogaba Ana María.

—¡Toma! ¡Es muy bruto! ¡Ahora será ella, cuando me desnude! ¡Estoy más harta!

—¡La vida es triste, *chiqueta!*—exclamó Ana María.

—¡Sí, muy triste!—respondió su compañera Y se perdieron las dos, calle arriba.

III

Aquella conquista dictada por la obsesión de un deseo acabó por tomar en Luciano, y acaso en Ana María también, todo el aire de un idilio romántico. El escritor pasábase los días y las noches en el café; donde ya le conocían las demás chicas por «el novio de la Anita». Se entrecruzaban miradas, se entrecruzaban suspiros en el aire y hasta se entrecruzaban las manos por debajo de la mesa; pero nada más, ni ahí, ni en los *cines*, que frecuentaban los días *francos* de ella, ni en sus excursiones mañaneras del Retiro, crepusculares bajo los pinos de la Moncloa y domingueras, con merendona y danza, en la Bombilla. Fueron durante un mes dos novios *blancos* que se cuentan tonterías, novios de comedia para funciones aristocráticas, hasta que una tarde en que empezó á tronar y á llover copiosamente hubieron de tomar un «simón» cerrado para volver al café, y ya en la pequeña caja negra, que sal-

taba al trote del jaco, fuese porque la semipenumbra era propicia, porque obligaba la proximidad y porque el olor de la tierra mojada despertaba las cantáridas de la carne, Luciano la ciñó por el talle de pronto, y aplastó con su sedienta boca de sátiro, en un beso largo y profundo, aquella boquita roja, jugosa y blanda como una cereza muy madura.

. . . . . .

Y el carruaje no paró en el café, ni Ana María volvió á salir de casa de Luciano.

Aquella misma noche, en la intimidad de la alcoba, ella se echó á llorar rodeando con sus brazos el cuello del amado.

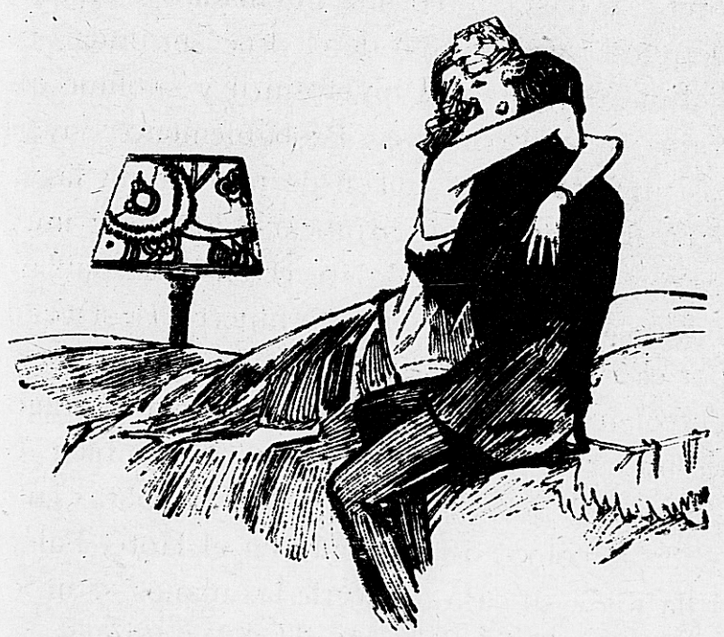
—He mentido, te he mentido, Luciano mío, porque no he tenido nunca novio, y porque no lo he tenido te quiero como al primer novio. ¡Y tú sabes que no eres el primero!

Lloraba, lloraba copiosamente, y Luciano le bebía las lágrimas en el nacarado estuche de los párpados.

—Yo no he tenido nunca novio, ni madre tampoco. Yo no sé quién fué mi madre. Padre era de Valencia, como yo; vinimos aquí cuando yo era una nena, y él puso un salón de limpia-

botas en la Puerta del Sol. Yo crecí allí viendo muchos hombres.

Hablaba atropellándose, hipando, obedeciendo á esa imbécil necesidad de confesión que



sienten las pecadoras cuando se enamoran de veras. Así Luciano lo supo todo. Que el *primero* fué sin amor, sin premeditación siquiera, en su propia casa, un domingo que «padre había sa-

lido». Fué un chico del salón, un limpiabotas pinturero y chulillo, aficionado á los toros y al vino, que canturreaba muy bien por tientos y recortaba en la calle á los automóviles con la negra caja de sus utensilios á guisa de capote. Se hizo torero, y hasta toreó una novillada en Madrid. Después... ya no supo de él. Fué sin duda otra víctima de ese toreo inverosímil y sublime que trajo Juan Belmonte. Probablemente viviría casi muerto en un rincón de miseria sin la valiente resignación de arrancarse los pelos inútiles que se había dejado crecer en la coronilla, ó acaso cayó, definitivamente muerto, destrozado por el asta de un toro, cara al sol, en un pueblo desconocido, sobre la tierra bermeja y trágica de un circo. ¡Bah! Su padre murió también. Un señorito de los que se limpiaban las botas en su salón la colocó de manicura en el Hotel Palace. Ella iba á su casa á hacerle las manos, y un día ya no volvió á salir. El le dió sedas, y joyas, y le puso coche; otro día le quitaron todo, el señorito fué á la cárcel, y una amiga se la llevó al café, donde la admitieron de camarera.

—Perdóname, perdóname si mentí—suplicaba entre sollozos—. ¡Si supieras qué pena tengo!

Luciano la guardó para sí, para que le sirviera el café á él solito, y la guardó tan bien, que una mañana blanca y fría, de nieve, guarecidos en la tibieza del comedorcito minúsculo de la *garçoniere*, ella, mientras le ponía los terrones de azúcar en la taza, le hizo al oído, muy quedito, una halagüeña revelación. Luciano, loco de júbilo, la estrechó entre sus brazos, juntó sus labios á los suyos y repitió después, triunfalmente, dos de sus últimos versos:

«Hay algo nuevo que va á nacer
del húmedo beso de nuestras bocas.»

IV

Operaban á Ana María.

Luis Alvarez arrancó de las manos de Luciano el *smith*. Comprendía que su amigo no había empuñado el arma por fingida actitud teatral y que era muy capaz, dada la exaltación de su temperamento, de pegarle un tiro al médico ó de saltarse él mismo la tapa de los sesos si la operación tenía un desenlace fatal.

—Vamos, hombre, vamos. Trae eso. Déjate de locuras—le había dicho—. Hay que ser hombre.

—¡Es horrible, horrible!—murmuraba Luciano retorciéndose los dedos.

Estaban en el comedor. Desde la habitación contigua, el escritorio de Luciano, habilitado provisionalmente para sala de operaciones, llegaban por las rendijas de la puerta de cristales el olor dulce y aromático del cloroformo, y un quejido ronco, entrecortado é isócrono, como de persona que sueña y se lamenta al respirar.

—Pero, ¿por qué se queja, si está dormida, si

no siente?—preguntaba Luciano con desesperación.

—Calla, calla—rezongaba Luis.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Nada, que no es nada. Que como ha tenido que guardar cama tanto tiempo por ese temor de placenta previa, pues... que se ha desarrollado mucho el feto y hay que sacárselo. Una aplicación de fórceps, abajo..., creo que ha dicho.

—¿Pero hay peligro de muerte?—insistió Luciano. Y luego, como viera un resplandor muy vivo en los cristales de la puerta, gritó:—¿Qué es eso, qué pasa?

Luis fué corriendo á ver, y volvió:

—Nada. Que han encendido alcohol en una palangana, porque el cuarto se enfriaba.

De pronto, un chillido agudo rasgó el aire; hubo una pausa de unos segundos y luego el llanto del recién nacido llegó como una caricia á los oídos de Luciano. Se puso lívido y se le llenaron de agua los ojos.

—¡Vaya, se acabó, ya eres papá!—le dijo riendo Luis—¡Papá!

La puerta de cristales abrióse y apareció en el vano el médico. Enjuto, moreno; la cabeza

de facciones finas, parecía la de árabe noble ó de un hebreo de buena casta, con dos puntas de barba muy blancas, que hacían claros en la mandíbula inferior y dejaban ver la hendidura del mentón y el trazo fino de la boca astuta bajo la ceniza del bigotillo poco poblado. Tenía remangadas hasta el codo las mangas, y unas manchas de sangre ponían su roja interrupción en la nítida blancura de la blusa.

—Pase, hombre, pase. Venga á ver á su hijo —exclamó sonriendo.

—¿Y ella, ella, doctor?—gimió Luciano.

El médico lanzó una exclamación que era en él habitual, y agregó:

—¡Uy! ¡Puede verla también!

Antes de entrar en la alcoba, Luciano hubo de pasar ante la mesa de operaciones, donde aún yacía Ana María, tapados con unos paños el vientre y los muslos, ya despierta. Se acercó y le besó la frente sudorosa.

—¡Por qué lloras, tonto, si ya pasó!—le dijo ella con su voz de cristal.

Estaba densamente pálida, y el negror de los ojos tenía un fulgor siniestro entre el cerco enorme é intenso de las ojeras.



—¡Venga, venga, mírelo!

Era la comadrona, que fajaba al chico en la otra habitación.

Luciano acercaba sus labios á su hijo, aquel montón casi informe de carne húmeda, roja, blanda y gimiente, cuando oyó la voz del médico que decía á su ayudante:

—¡Ah, pícara! Hace cuatro meses nos amenazó con venir, y ahora no quiere.

—¿Pasa algo?—interrogó, asustado, Luciano.

—No, nada. La placenta que no quiere salir; pero iremos por ella—dijo el médico, y, decidido y seguro, metió una mano por entre los muslos de Ana María. Ella dió un grito breve, y la mano del doctor volvió á salir, con una piltrafa sangrienta que arrojó en una toalla.

Después, mientras entre la comadrona y Luciano trasladaban al lecho á Ana María, el médico y su ayudante pusiéronse á reconstruir la placenta sobre el cristal de la mesa despacho.

Luis Alvarez se acercó, curioso:

—¿Está entera, doctor?

—Creeré que sí—respondió el sabio, guiñando un poco sus ojillos de miope.

El doctor Vicente Echarri, natural de Valencia, era un sabio modesto y seguro de su ciencia un varón bueno que ejercía con santa nobleza su humanitario apostolado. Conociera de niña á Ana María, había simpatizado con Luciano y atendía á la enferma con cariñosa solicitud.

—¿Ya no hay peligro, doctor?—interrogó Luciano.

—Creeré que no, porque en cuanto á cuidado y asepsia, no cabe pedir más; pero, en fin...—murmuró don Vicente, y luego, volviéndose á Ana, la dijo sonriente, en su dialecto natal:—*Ara á estarse queteta. Yo tornaré demá.*

Pero hubo de volver muchos días. Primero fué la infección, con calofrío y fiebre altísima, que Echarri, médico moderno, combatió con inyecciones intravenosas de bicloruro hidrargírico.

—¿A qué meter allí dentro lo que no hay?—decía á su amigo cuando éste le aconsejaba lavados—Bastante hacemos ya con lavar las venas.

Luciano, dócil y amante, ataba él mismo una goma al brazo de la paciente para que Echarri pinchara la vena con facilidad.

Luego fué el corazón, resentido del trabajo a que le sometiera la fiebre, y, por último, y siem-

pre, las hemorragias, que ya no eran loquios, y se prolongaban demasiado.

Muchas veces don Vicente, sin levantar á la enferma del lecho por no molestarla, usando dos sillas para que ella apoyara las piernas, arrodillábase á observar. Cabalgaba los lentes sobre su corva nariz, entornaba los ojos, aplicaba el *espéculum*, sacaba gasas, exploraba con la cucharilla, volvía á introducir gasas, lento y silencioso, y así, postrado ante el blanco cuerpo de la mujer, parecía por sus cándidas barbas, por su tez morena y por su actitud, un viejo rabino en oración.

—Esto está blanduzco; hay un poco de atonía... Mire, mire; pero está limpio—é invitaba á Luciano.

El pobre chico miraba sin querer, tras el hombro del médico, y apartaba pronto la vista, temblando, azorado ante aquella pequeña y obscura cueva del hocico de Tenca, primera salida nuestra á esta mísera vida que conocemos.

—No se apure, no se apure—aseguraba Echarri—. Quedará muy buena. Le daremos unos papelillos de sulfato de cobre para sus lavados.

Al fin una tarde se despidió definitivamente:

—Pasarlo bien, y hasta otra, y no me deben ustedes nada, *chiquets*.

Ana María estaba completamente sana y empezó una vida dulce, una vida de paz, como nunca la había tenido desde que conoció á Luciano. El también, por su parte, vivía tranquilo. Pero... ¿eran felices?

La amplísima cama de matrimonio fué substituída durante el embarazo de Ana María por dos camitas pequeñas, y ahora seguía sin albergar sobre sus grandes colchones los cuerpos de los dos amantes. Diríase que el niño, el hijo, fruto de su unión, los había separado para siempre.

Despedida el ama, ahora criaban al niño con biberón. Unas veces era él, otras ella, quien interrumpía su sueño para alimentar al nene. En ocasiones, yendo juntos á la cuna, los rizos de la cabellera rubia y obscura, de cobre y de miel, rozaban los labios del poeta; pero... ¡ya no se volvieron á besar!

La vida de los dos amantes era clara y quieta, pero sorda, sin ondas y sin música, como el agua muerta de un lago.

¡Qué diferencia de otros días!

Antes todo fuera inquietud y zozobra, riñas y paces, reproches é insultos, ternuras y amor. Ana María, habituada al trabajo del café, despertábase muy de mañana; Luciano, que velaba ante las cuartillas, hallábase entonces en el primer sueño. Ella le instaba á levantarse y él maldecía de su pesadez. Cuando iban á salir juntos, ella tardaba tanto en acicalarse, que Luciano renegaba de todas las mujeres. Entonces Ana María, habladora y respondona, razonaba sin lógica y le reprochaba sus groserías. Después, cuando él trataba de erigirla en crítico y le leía sus versos, como ella se distraía arreglando las cintas de un sombrero, él le enrostraba su incomprensión.

—¡Eres una imbécil!—le decía furioso.

—¡Eres un canalla!—contestaba, llorando, Ana María.

—¡No podemos vivir así! ¡No quiero vivir así!

—¡Ni yo, ni yo! ¡Esta vida es un infierno! ¡Vete, vete, déjame!

Pero no se dejaban. A la noche, el amplio lecho acogedor volvía á unirles: los dos cuerpos ardientes se buscaban en la sombra y los labios callaban para besarse. Ahora eran dos las camas,

y había en medio una cuna, un niño que lloraba y pedía su biberón, y los padres, padres ya, ex amantes, cuidaban del hijo y no reñían; pero no se volvían á besar.

La vida, su vida, se deslizaba en paz.

V

Felizmente recibió Luciano la misiva una mañana de domingo, mientras Ana María estaba en misa.

La trajo un botones particular, de historiada librea, y era de Olga, una escritora muy bella y muy inteligente, que otrora había dado su cuerpo y aun algo de su corazón á Luciano.

«Acabo de llegar de Montevideo. Por casualidad he sabido tu dirección y algo de tu vida. ¿Quieres venir esta tarde para que tomemos una taza de té juntos y recordemos lo que ya no se puede reanudar?»

Así decía la carta, y Luciano acudió á la cita.

En la semipenumbra tibia y suave de la salita, donde esperó unos instantes, aturdido por el latido de su propio corazón, que aleteaba asustado como un pájaro ante el tropel de recuerdos y la promesa de volver á hablar con la amiga, percibió al fin el acariciante rumor de seda y el

suave aroma de Lorigán, que anunciaban la llegada de Olga.

—¡Olga!

—¡Luciano!

El le besó largamente las dos manos. Ella se detuvo un momento en la zona de luz crepuscular que vertía un chorro violeta desde una ventana, y mientras sus manos enjoyadas ahuecaban su peinado, negro y brillante hasta dar en azul, exclamó:

—¿Estoy muy vieja? ¿Me encuentras muy cambiada? ¡Tengo ya cuarenta y cinco años, Luciano!

—¡Oh!—dijo él, á quien cogió desprevenido la pregunta—El corazón no tiene edad.

—Bueno, sí; pero, ¿y la vestidura que lo envuelve?

—Tampoco. Ni las piedras preciosas, ni el agua, ni los cristales, ni las mujeres bonitas tienen edad.

—Eres amable y poeta, como siempre—exclamó Olga.

Se sentaron. La cabeza de la piel de tigre que se extendía ante el diván, una cabezota disecada, con las fauces terriblemente abiertas, pa-

recía ansiosa y viva, tal que quisiera morder los pies de Olga, unos piececitos españoles, chiquititos y regordetes, altos de empeine, con un arco de luz entre el talón y la punta, ágiles pies de bailarina andaluza que vibraban nerviosos como dos animalitos.

Hablaron de cosas frívolas: de los dos últimos estrenos de Madrid, de música, y Olga acabó yendo al piano, y del monstruo sonoro que sonreía en la penumbra con el marfil de su teclado, voló la última frase de *Tristán é Iseo*, la frase de amor y muerte de la heroína, con su gran ritmo envolvente, como una sucesión de abrazos, con su acorde culminante en una aglomeración de notas que se estrechan amándose y que estallan como una suma de besos.

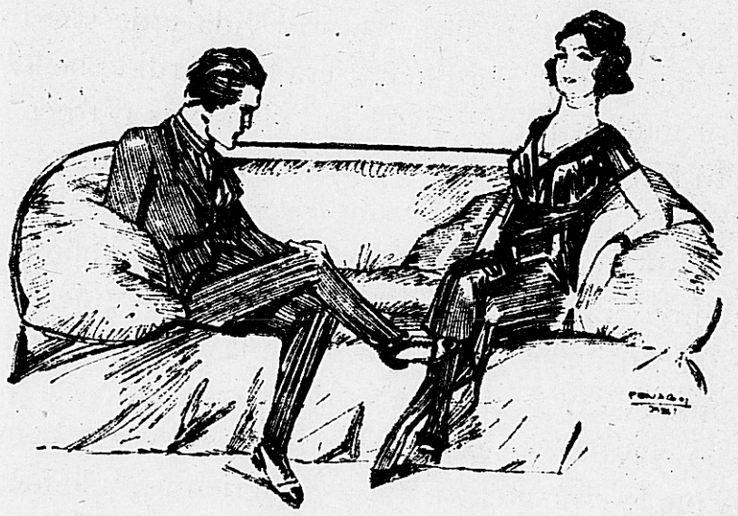
El alma de Wagner, en un busto colocado sobre la tapa del *Erard* viejo, sonreía en su dura máscara de mármol.

—¿Amas así todavía, como se ama en esta música?—preguntó Olga á su amigo.

El entonces le contó sus relaciones con Ana María y el cambio que se había operado en ellas.

Olga sonrió con tristeza y le habló largamente.

—Es natural—le dijo—; es perfecta y tristemente natural. Antes reñíais porque os amábais, porque érais hombre y mujer y podíais juntaros obedeciendo al imperativo de la especie; pero no podíais entenderos. Y no podíais entenderos, porque amándoos, tú eras muy hombre y ella



muy mujer, y los dos érais muy distintos, dos animales diversos, con lógica diferente, con pensar diferente, con sentir diferente.

—¿Y qué era lo que nos unía?—preguntó, extrañado, Luciano.

—El deseo. Aquello que un filósofo alemán llamaba las afinidades electivas. La necesidad de hacer un nuevo ser. Ya ha venido, ya está allí, y vuestro amor, que ya no tiene objeto, acaba de morir.

—¡Pero, Olga!

—Sí, sí—aseguró ella—; vuestro hijo es el enemigo, es el ladrón de vuestra vida y de vuestro amor. Por él, porque naciera, ha perdido belleza su madre; por él, para que viva, vas perdiendo tú la juventud. Somos malvados desde antes de nacer. El hijo que viene es cruel con su madre desde que *empieza á venir*. El germen anónimo, libre ya de la prisión de tu cuerpo, no quiere estar prisionero en el cuerpo de la madre, y desde que llega á la obscuridad del hocico de tenca, que lo conduce al claustro materno, busca el huevo que lo espera entre masas sangrientas, y lo hiere, y lo penetra. Es la primera afirmación de su ser y su primera crueldad. Luego, aquella forma embrionaria, de pez, adquiere una cabeza enorme, nido futuro de malos pensamientos, y se va desarrollando y se va transformando á expensas de la madre. Por el cordón umbilical le chupa lo más precioso de su nutrición. Crece dentro de

ella, la deforma, la afea, la angustia, le entorpece el andar, la cansa, la postra, y cuando ya tiene sus brazos, y sus piernas, y su pequeño corazón, y se siente humano y vivo, en loca y cruel ansia de libertad, aparta obstáculos, que son entrañas vivas de su madre, rasga, rompe, destroza, dislacera y sale á la vida, poniendo en peligro á aquella que le da el ser, llenándola de sangre y de dolor en ese momento, para llenaros de cuidados después. Tú no quieres á Ana María; Ana María no te quiere; ya no sois hermosos y no os gustáis; ni tú eres su afinidad, ni ella la tuya. Acaso cuando os juntásteis, en el delicioso instante del espasmo, os olvidábais de vosotros mismos, gozábais cada uno para sí, pensando sin pensar en el que iba á venir, que era la prolongación de vosotros mismos, la encarnación viva del egoísmo y del narcisismo de cada criatura. ¿Me entiendes?

Como Luciano callara lleno de inquietud interior, Olga terminó:

—No te apures. Es así, debe ser así, y es mejor. Ahora que no os amáis, podréis ser completamente felices. Porque dos que se aman no son amigos; porque el amor, como todo aquello en que ha de haber posesión y dominio, entrega de-

un ser á otro, es una lucha; porque el ser amado de nuestro corazón es, ó acaba por serlo, el enemigo de nuestro corazón.

Y como para comprobar la teoría, ahí estaban ellos, los amantes de otro tiempo, juntos, en la dulce intimidad, sólo posible entre una mujer y un hombre que pudieron amarse y que ya no podrían amarse. Ella le sirvió el té con sus lindas manos y empezaron entrambos á tejer la madeja de una amistad suave que por no dar paso al amor no había de ser cruel.

Cayó la tarde. Todo se hundió en la sombra, y sólo blanqueaban, con incierto y tímido blancor de luna, el mármol de Wagner, la sonrisa de marfil del piano y los dientes carniceros del tigre disecado.

En la obscuridad sonaban las voces de los dos amigos, como las voces de dos almas sin forma, puras, limpias, desencarnadas, y el metal de la tetera brillaba como una lámpara.

VI

Convencido de que, como no se querían, iban á ser muy felices, Luciano casó con Ana María una mañana de primavera.

Olga fué la madrina.

Aquella misma mañana de la boda, mientras Ana María se mudaba de ropa en su habitación, Luciano, en la obscuridad de un pasillo, le robaba un beso á la criada, una moza rolliza, que había llegado del pueblo rosada y fresca como una manzana.

FIN



32 años de éxitos crecientes

Unico aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO. Rechace usted todo frasco donde no se lea **HIPOFOSFI TOS SALUD**, impreso en tinta roja.

En la **Argentina** pídase **HIPOFOSALUD.**

PUBLICACIONES
de
Prensa Gráfica